BOLETIN INTERNACIONAL DE LA ESTRELLA

Núm. 9 **1930** **SEPTIEMBRE**

SUMARIO

EL STAR PUBLISHING TRUST, DE EERDE, OMMEN, HOLANDA, PUBLICA EN INGLÉS EL «BOLETIN INTERNACIONAL DE LA ESTRELLA», SIENDO LOS EDITORES LADY EMILY LUTYENS Y D. RAJAGOPAL, M. A., LL. B. (CANTAB.)

EDITOR: FRANCISCO ROVIRA

DIRIGIR LAS SUSCRIPCIONES AL EDITOR: APARTADO 867, MADRID, ESPAÑA

PRECIO: PARA ESPAÑA Y AMÉRICA, OCHO PESETAS AL AÑO (DOCE NÚMEROS); PARA OTROS PAÍSES, DIEZ PESETAS. NO SE ENVÍAN RECIBOS A MENOS QUE SE NOS REMITA EL IMPORTE DEL FRANQUEO. PRECIO DE UN NÚMERO SUELTO, SETENTA Y CINCO CÉNTIMOS DE PESETA. LOS EJEMPLARES SE ENVÍAN A RIESGO DEL SUSCRIPTOR.

PUBLICADO POR LA AGENCIA PARA ESPAÑA DE

THE STAR PUBLISHING TRUST

PROGRAMA EDITORIAL

Dar informaciones auténticas de los discursos y conversaciones de Krishnamurti.

Exponer las opiniones de Krishnamurti sobre la vida y, a la luz de estas opiniones, examinar los diversos aspectos del pensamiento contemporáneo.

Hacer la crónica de las actividades de Krishnamurti.

* * *

Los editores no asumen responsabilidad alguna por cualquiera de las opiniones expuestas en los artículos firmados por sus autores.

Además, Krishnamurti desea quede aclarado que él no puede ser hecho responsable por los artículos que copien sus escritos o dichos, si no van firmados por él. En las referencias de lo que él diga, se hará todo lo posible para que resulten una exposición precisa de sus ideas.

Para un hombre de propósito firme
No existe la renunciación;
Pues no está desviado del sendero de la comprensión pura
Por la confusión de la experiencia,
Por la multitud de deseos,
Por la falsedad del pensamiento.

No está él apresado por el miedo del sacrificio:
Para el hombre de propósito firme,
No crea el tiempo su ruinosa abundancia.

Yo ví un atardecer,
Sobre una ciudad populosa,
Un pájaro velozmente volando hacia su distante nido.

— J. KRISHNAMURTI

KRISHNAMURTI EN EERDE

REUNION ESTIVAL: JULIO 1930

Miércoles, 16 de Julio.

La mayor parte de la gente—especialmente, quizá, la que aquí se reune—ha abandonado casi todas las cosas que se refieren a la vida filosófica, religiosa y social. Esta desilusión ha desarrollado, naturalmente, una actitud de intensa crítica. Por mi parte todo se lo debo al juicio crítico. Quiero que me critiquéis agudamente. La crítica puede ser superficial o profunda: entiendo por crítica «profunda» la que está inspirada por el deseo real de descubrir la verdad central que ha de resolver las múltiples dificultades con que todos tropezamos. La crítica puede ser constructiva o destructiva. Cuando se dirige a las cosas meramente superficiales, pasajeras, apariencias fugaces, no os servirá para hallar esa cosa central. Así, os ruego que os fijéis en lo que debéis criticar con una intención definida, no por un pasajero capricho. Por ejemplo: si os halláis cansados, vuestra crítica lo será igualmente; será insubstancial e inútil. Mas si criticáis para descubrir la viviente realidad fundamental de que hablo—que no depende del capricho, circunstancia o tiempo—la crítica será útil.

Por lo que respecta a mí, todo cuanto digo no es sacado de los libros. No ha sido recogido de las distintas clases de libros, digerido después y expuesto en lenguaje vario para su mejor comprensión. No es éste el género de exposición y comprensión de la realidad fundamental. Lo que yo pongo a vuestra consideración es producto de mi propia experiencia. Como el río tiene que abrirse un camino hasta el mar, así el individuo ha de abrirse el suyo hacia la realidad. La realidad final no puede venir a él; tiene que descubrirla por sus propios esfuerzos, luchando constantemente, concentrándose en todo momento sobre lo esencial. La realidad de que hablo yace oculta en el corazón de cada uno, la cual yo, como individuo, he descubierto y vivo. A la luz de *esto* debéis criticar y decidir si lo que yo digo tiene algún valor en la vida, en las diarias actividades de la vida.

Dondequiera que he estado, las críticas en que se ha ocupado la gente respecto a mí, casi siempre han sido superficiales y dignas apenas de ser contestadas. Por ejemplo, me preguntaron el otro día cómo era que me encontraba tan cansado, que no estaba bueno, siendo así que tenía la realidad que yo decía había descubierto. Naturalmente, viajando de la India a América y viceversa tiene uno que sentirse cansado físicamente. No estoy enfermo; tengo tantas energías como cualquiera, pero las reservo con un fin particular. Si las gastase en plantar tiendas de campaña me faltarían para hablar después, y prefiero guardar mis fuerzas para hablar, pues da la casualidad que éste es mi *oficio*. Personalmente me tiene sin cuidado hablar o no. Si estáis dispuestos a escucharme, hablaré: si no, haremos punto final. A mí me es igual. En la India me preguntaron por qué me afeitaba diariamente o dos veces al día. Esta crítica consume energía. Lo que debiera criticarse constantemente, por propia observación, es si yo vivo ciertamente esa realidad que afirmo he logrado; si muestro la perfección del yo que digo he realizado. Para hacer esto con propiedad es preciso comprender aquello de que hablo. No lo digo desdeñosamente. Para comprender algo es preciso saber de qué se trata. De modo semejante, cuando os rebeláis contra algo debéis cercioraros de lo que es ese algo, objeto de vuestra rebelión.

Antes de ocuparme de esa realidad, quiero dejar esto sentado, por lo menos en *vuestras* mentes—tengo que afrontarlo dondequiera que voy, pero no me importa. Pero vosotros que os reunís aquí todos los años, periódicamente, debiérais haber suprimido esta clase de crítica superficial; no debiérais preguntaros por qué no vivo en una tienda, por qué vivo en una barraca o en un castillo. (Vivo en una barraca, ya lo sabéis).

Os ruego comprendáis, pues para mí es muy importante. Preferiría que no viniéseis a todos estos Campamentos, en vez de acudir anualmente y seguir aún superficiales. La crítica es útil en tanto que adiestra vuestra observación de modo que pueda eventualmente volverse sobre vosotros mismos. Esta es la finalidad de la crítica. Yo he tenido por costumbre criticarlo todo; pero después he dirigido la

crítica sobre mí mismo para ver si lo que he censurado en el exterior estaba también en mi corazón y en mi mente. En el momento en que he dirigido sobre mí la luz de la crítica he comenzado a crecer y a destruir lo no esencial. Por esta razón debéis criticar. Que vuestra actitud de crítica se desarrolle completa, intensa y aún violentamente; mas, aunque al principio sea personal, caprichosa, circunstancial y limitada, dejad que gradualmente se vaya libertando del elemento personal hasta que podáis al fin asiros en vuestra crítica a aquella cosa esencial que será vuestro guía.

Ahora bien, para hallar si lo que digo es practicable, habéis de tener la capacidad de aplicarlo a vuestras propias vidas y por un proceso de tamización ir acercándoos al origen de las cosas, hasta que cada uno de vosotros, como individuos, viva esa realidad. Esto es todo lo que me interesa. No me interesan las comunidades, las posesiones ni qué clase de gente me sigue o asiste a estos Campamentos. Pero sí *me* importa si cada uno de vosotros, individualmente, está viviendo esa realidad, porque, desde mi punto de vista, el individuo lo es todo. En él está el universo entero y cuando entra en la realidad, está en paz con el universo y se convierte en una llama viva que purificará el mundo de todas sus cosas inesenciales, estúpidas e infantiles.

Cuando hayáis asido esa realidad, ese principio fundamental del ser; cuando hayáis llegado a comprenderlo por medio de la crítica impersonal, del análisis y del examen, viviéndolo personalmente, entonces disiparéis por vuestros propios esfuerzos las tinieblas que rodean la vida de todo ser humano, tinieblas que yo llamo «lo no esencial».

Como he dicho, os voy a describir lo que es para mí la realidad. Me esforzaré en describirlo, aunque es indescriptible. Para comprender lo que no es ni experiencia mística ni desarrollo oculto, tenéis que desembarazaros de elementos personales como las extravagancias, las atracciones y las repulsiones. Tenéis que venir solícitos con la avidez que producen el desasosiego y la aflicción, con verdadero deseo de comprender. En otras palabras, debéis enfocar vuestra mente reflexiva, no la mente que no hace más que arañar la

superficie de las cosas, sino la mente que examina minuciosamente y analiza de modo impersonal, a fin de que podáis descubrir la realidad central que jamás se altera por ningún cambio del carácter o del ambiente.

Así, quisiera sugeriros que durante esta quincena, antes que comience el Campamento, sin perjuicio de fortaleceros físicamente por medio de las distracciones, ejercicios, etc., mantuviéseis al mismo tiempo vuestra mente en actitud despierta, observando y reflexionando. Cada uno de vosotros puede contribuir a aumentar el dolor del mundo por vuestra ignorancia, falta de reflexión o ciegas luchas; o podéis disminuir ese dolor por la observación y la entusiasta reflexión. Mas esto, sólo puede conseguirlo el esfuerzo individual y la individual auto-purificación. Unicamente así podréis establecer dentro de vosotros—y por consiguiente en vuestro alrededor—la sempiterna felicidad que viene de la realización del Yo.

Jueves, 17 de Julio.

Opino que para comprender correctamente y formular vuestras preguntas de modo apropiado es necesario ir a esas cuestiones con un deseo afectuoso. Explicaré lo que esto quiere decir. No vale la mera crítica intelectual; es preciso que os acerquéis al objeto de vuestra crítica con una gran cantidad de afecto—no hacia mi persona, sino hacia el objeto. De otro modo, si vuestra crítica es exclusivamente intelectual, no os será útil en vuestra vida diaria. Así, lo primero que se requiere para comprender es encariñarse con el asunto de que se trate—no con la persona que represente la idea, sino con la idea misma. Sé que muchos tienen la amabilidad de apreciarme, no me refiero a aquí ni allá. Fundamentalmente, esto no tiene valor alguno. Mientras que si examináis, analizáis, criticáis con amor, entonces la idea se hará práctica y podrá traducirse en acción diaria. Cuando se ama la idea central se siente amistad por todos los que se aproximan a dicha idea. Actualmente, todos vais tras esa idea separada e individualmente, como entidades aisladas, abriéndoos paso a codazos. Hay un espíritu contradictorio, antagonista entre los individuos que se acercan a la misma idea, tratando

todos de realizarla, de comprenderla. Pero para comprender, para aproximarse y realizar tenéis que venir de un modo afectuoso—no con propósitos de posesión, ni de rivalidad, a ver quién comprende más y quién comprende menos. El factor dominante ha de ser la idea, no los individuos; la realidad debe llegar a ser una viva, perceptible y entusiasta realización de sí misma en actividad, en la conducta. De este modo no nos perdemos en teorías ni filosofías; sino que nos hallamos altamente concentrados en llevar nuestra comprensión a la vida diaria, que es la conducta. La conducta no necesita apoyarse en ninguna filosofía altamente complicada. La verdadera conducta es la realizada por sí misma, basada en la propia experiencia, no en ninguna filosofía. De aquí que la conducta sea convertir nuestra realización en actividad. No se ha de juzgar a nadie por sus creencias, por su filosofía, sino por lo que él es—por la manera de tratar a sus semejantes, cómo practica la amistad, el modo de comportarse; no por el rango intelectual de su filosofía. Tan pronto como tratamos de actualizar la viviente realidad central hacia la cual caminamos todos, aunque torpemente, nuestro afecto, nuestro pensamiento, todo nuestro entusiasmo es encauzado en esa dirección; cesamos de mostrar antagonismo hacia otros individuos que llevan el mismo objetivo.

En la actualidad, los individuos luchan; pero no luchan por la comprensión, por hacer perceptible la realidad. De aquí que se pierda energía. En vez de ayudarse los individuos entre sí, cada uno se convierte en un obstáculo para los demás. Permítaseme, sin embargo, indicar que la conducta, que es convertir en acción nuestros sentimientos, ideas, emociones, concepciones y propósitos, ha de tener sus raíces en alguna clase de filosofía. Ahora bien, para mí, esa filosofía, esa realidad viva, es la cualidad del Ser Puro; ya me extenderé más sobre esto. Toda conducta ha de llevar, en último término, hacia ese Puro Ser, de modo que las investigaciones no sólo han de dirigirse hacia esa última realidad, sino a la manera práctica de llevar esa realidad a la conducta. En otras palabras, no os perdáis en filosofías, en preguntar lo que sólo puede realizar cada uno por sí, mediante el propio juicio, percepción y esfuerzo. Pero podemos

discutir cómo regularizar y conducir nuestras vidas. De lo contrario discutiremos lo Absoluto sin valor alguno para la vida práctica.

Pregunta: Habéis dicho que el mal es «la falta de capacidad para resistir a lo no esencial». ¿Qué entendéis por esto?

KRISHNAMURTI: Siempre que no haya resistencia interna contra las cosas no esenciales, podemos llamar a esta falta de resistencia «mal». La capacidad de resistir depende del esfuerzo individual y varía con él. Por lo tanto, no puede haber una estricta demarcación del bien y del mal; «bien» es la capacidad para resistir a lo no esencial. Ahora bien, para que podamos hallar por nosotros mismos lo que es esencial y lo que no lo es, tenemos que llegar a concebir, comprender y ver cuál es el último propósito de la vida. Desde él os será posible siempre juzgar lo que es y lo que no es esencial. Para vosotros, ¡cuidado!, no para ningún otro. Por esto es fundamental descubrir lo que es la vida, cuál es su realización, cuál es la meta de sus actividades. ¿Cuál es el significado de la separación, del dolor y de la sensación de soledad? Por esta razón insisto, no sobre lo absoluto, sino sobre la comprensión de lo que es la realización de la vida. Entonces se puede desarrollar la capacidad de resistir con discernimiento. Esta resistencia no es represión, sino in-intervención. Intervención y represión son dos cosas distintas. Represión es aniquilamiento, opresión sin discernimiento, subyugar la violencia del deseo sin comprenderlo. Intervención es dirigir inteligentemente el deseo hacia una finalidad. La represión es un gasto inútil de energía; mientras que el intervenir con un propósito es buscar espontáneamente la experiencia. Intervenir es la técnica que ha de proporcionaros la respuesta exacta a cada experiencia. Por ejemplo: un gran pintor o un gran músico tienen su técnica perfectamente desarrollada, en reserva, de modo que cuando ve un objeto bello el pintor, o se sienta al piano el músico, toda la técnica surge y hay siempre un mecanismo perfecto, acción pura. El que no está seguro, que duda, que no está concentrado, no puede obrar con justeza; sus actos se convierten simplemente en reacciones de sus emociones sin freno a los impactos ex-

ternos. El descubrimiento de lo esencial es un proceso de selección continua, basada en la comprensión del verdadero propósito de la vida. Seleccionar es buscar constantemente la verdad. Selección significa acción, conducta en la vida, manera de comportarse con todo el mundo. De aquí que la selección, que al principio no es espontánea, se convierta en espontánea y automática esforzándose en llegar a la última realidad. La selección es siempre de lo esencial—con la capacidad para resistir a lo no esencial.

Pregunta: ¿Cómo podré reconocer que un determinado acontecimiento en la vida es una reacción, comprenderlo y recoger la experiencia para evitar ese mismo acontecimiento en lo futuro, si no sé o no puedo recordar el acto por el cual el acontecimiento, o la reacción, fué ocasionado? Además, os ruego expliquéis cómo se conquista la reacción. ¿Por medio de una actitud objetiva e impersonal? ¿Son reacciones todos los acontecimientos de la vida?

KRISHNAMURTI: «*¿Cómo podré reconocer que un determinado acontecimiento en la vida es una reacción?*». Por la sensación que produce, de encadenamiento o de liberación. Si respondéis a algo externo, es una reacción. Os pondré un ejemplo. Queréis a una persona porque ésta os quiere a su vez. Un afecto de esta clase se convierte en un trato, cuestión de intercambio, es, pues, una reacción; mientras que si vuestro afecto es espontáneo, si es «acción pura», sale de vosotros, no vuelve nunca a su origen. Un afecto de dentro afuera no encadena jamás, nunca retiene a nadie bajo su sombra. Todos sabemos lo que significa reaccionar: reaccionar a la cortesía, a la descortesía, a la ira, a los celos, etc. Todos estos son contactos externos que debéis llevar a cabo con objeto de haceros cada vez más dependientes de vuestra propia acción pura, a fin de descubrir y desarrollar vuestro puro ser. Tenéis que llevar a cabo estas reacciones de atracción y repulsión, hasta que lleguéis a la acción pura que siempre se dirige hacia el exterior. Ahora, ¿cómo distinguiremos la acción pura de la reacción? Unicamente podréis distinguirlas por vuestra propia experiencia; si vuestro bienestar depende de la acción pura o de la reacción; si sois capaces de mante-

neros suficientes en vuestro puro ser, o si suspiráis por las reacciones, y, por lo tanto, vuestro bienestar y felicidad dependen de las cosas externas.

«*Además, os ruego expliquéis cómo se conquista la reacción*». Por medio de la lucha constante. Veamos la ira—una cosa verdaderamente estúpida y muy sencilla al mismo tiempo. Hay un continuo ajuste entre vuestra razón que os insta a no incomodaros y vuestros impulsos a enfadaros; hay un esfuerzo constante hacia el equilibrio perfecto. Y para conseguir este perfecto equilibrio necesitáis la lucha continua; no hay modo de abreviarla.

«*¿Son reacciones todos los acontecimientos de la vida?*». Sí, para todos aquellos cuyo bienestar depende de las reacciones; no, para aquel cuya vida es acción pura. Esto es muy sencillo si se consigue coger la idea fundamental. Esta vida limitada en el individuo, esta vida consciente de sí misma en el individuo, tan pronto como despierta a la consciente realización de su imperfección, es conducida a esforzarse por alcanzar la perfección; y por medio del esfuerzo intenso llega a la cesación de este esfuerzo, que es puro ser. Mientras no se haya realizado el puro ser, dependeréis de la reacción. Las reacciones son las limitaciones de que somos conscientes; el puro ser está liberado de ellas.

Pregunta: Con arreglo a lo que entiendo de vuestras enseñanzas, parece que pueden establecerse las siguientes generalizaciones. ¿Tendríais la amabilidad de decir si son exactas y decirnos algo sobre ellas?

1. Lo que llamamos «evolución» (esto es, el progreso continuo del individuo a través de una sucesión de formas cada vez más perfectas) es un asunto completamente indiferente a la vida Absoluta manifestada en el individuo. La vida se ocupa solamente de la perfecta manifestación de sí misma en cada momento. El deseo de continuidad, por parte del individuo, tiene sus raíces en el egotismo. Nace del instinto de conservación del ego.

2. El equilibrio, de que habláis, entre la razón y el amor, es doble en el hombre liberado. a) Significa que el amor y la razón

deben estar contrapesados, de modo que no haya más de uno que de otro. b) Significa que ambos, juntos, deben defender su equilibrio contra todos los impactos del exterior que puedan tender a romper ese equilibrio. Por ejemplo: nada puede ocurrir al hombre liberado que le haga, siquiera por un momento, odiar en vez de amar, o cesar de mirarlo todo con los ojos de la verdad que todo lo abarca. ¿No es así?

Esta última clase de equilibrio tiene su paralelo en la técnica de un gran artista, acumulada, por decirlo así, y en suspenso, pero lista para manifestarse tan pronto como se presente la ocasión. En otras palabras, el hombre liberado es el artista de la vida que puede crear de nuevo todo lo que le rodea y todo cuanto le suceda en términos de amor y razón. El que no ha logrado aún la liberación vive, o cree que vive, desde su centro separado. Cuando ha conseguido la liberación, lo ve como un foco, simplemente, y vive a través de él, no desde él. Si esto es así, ¿se sentirá entonces vivir igualmente a través de los otros focos semejantes? ¿O es consciente de algún lazo especial que le una al foco que hasta aquí ha considerado como su yo? Es posible que esté mal planteada esta pregunta, pero sería interesante una contestación.

KRISHNAMURTI: «*Lo que llamamos «evolución» es un asunto completamente indiferente para la vida Absoluta manifestada a través del individuo*». Desde el momento que hay el deseo, el anhelo de existencia y continuidad del individuo separado, tiene que haber necesariamente lo que vosotros llamaríais «reencarnación». El deseo de continuidad del «yo» (siendo este «yo» el ego que se mantiene dentro de la limitación de las reacciones) por medio de una serie de oportunidades espirituales, que son las vidas, es lo que produce la reencarnación. La reencarnación, para la mayor parte de la gente, es una teoría; pero no lo es ya para el que vive esa idea de la reencarnación en el presente. La reencarnación consta de una serie de oportunidades de desarrollo espiritual hacia el puro ser. Hasta que realicéis ese puro ser (que es la cesación de todo esfuerzo) necesitáis la serie de oportunidades. Mas, si vosotros, como

individuos, estáis intensamente concentrados y vigilantes sobre el *presente* (que no es una teoría) viviréis *ahora* esa serie de oportunidades. ¿No es eso? Si la finalidad última de la vida individual es realizar aquel puro ser en el que no hay separación, que en sí es vida pura, y si para conseguirlo se requieren una serie de oportunidades que proporcionan una serie de vidas, necesitáis la teoría de la reencarnación. Pero se quedará en teoría si diferís vuestro esfuerzo de autorealización a otro futuro momento de la serie. Mas, si vosotros, individualmente, conscientes de vosotros mismos, atentos a vuestras acciones y responsables de ellas, deseáis conseguir la plenitud de vida, debéis concentraros en la dicha serie de oportunidades en el AHORA. Así, pues, esto no es cuestión de tiempo; el tiempo lo componen la serie de oportunidades hasta que lleguéis al final. El tiempo es para el puramente egoísta, relacionado con la conservación de las escaras de su desarrollo, de su individualidad, hasta el momento del arribo. Todos tenéis miedo a perder esa individualidad, y por eso buscáis la inmortalidad. La inmortalidad es el Yo. Aquello que está en todas las cosas, es en sí mismo inmortalidad. Él amor es su propia eternidad; pero buscáis fuera de él la eternidad, la inmortalidad, en la continuidad de vuestra separación individual.

Así, la inmortalidad, que es autorealización, no es cuestión de tiempo o de una serie de oportunidades, sino de descubrir ese Yo que está en todas las cosas. Teniendo la teoría de la reencarnación, la vida se convierte en una existencia muy cómoda: esperáis a *mañana*. Esto es lo que todos hacéis. Vivir con elevada concentración de propósito, de atención, de ajuste constante, requiere gran energía y enfoque de la atención sobre todo lo que se está haciendo. Así pues, el *Ahora* es la «existencia total». Contiene la totalidad del tiempo y del espacio. En él están la inmortalidad, la eternidad, el futuro, el pasado, el presente, todas las cosas. Todo está contenido en él, para el hombre que no teme conquistar esa separación, la cual tiene que superar finalmente.

Por esta razón la conducta es vida y es rectitud. He aquí por qué al hombre que sufre no le importa el futuro. Cuando estáis grandemente afligidos no os ocupáis del mañana; os preocupa lo in-

mediato: cómo libraros del dolor *ahora*, cómo dominar la soledad. Pero la mayor parte de la gente se afligen sentados cómodamente y se pierden en ideas consoladoras y en satisfactorias explicaciones. Por eso es necesario comprender el propósito de la vida, la realidad fundamental, el verdadero principio. La atención a ese comienzo, el amor a ese propósito, se convierten en auto-disciplina en la acción. Entonces el deseo es su propia disciplina.

Tal como es, casi todos se ocupan de la evolución, acerca de la serie de oportunidades para crecer. «*Lo que llamamos «evolución» es asunto completamente indiferente para la Vida Absoluta manifestada a través del individuo*». Para la Vida Absoluta, seguramente. «*La vida se ocupa solamente de la perfecta manifestación de sí misma en cada momento*». En su totalidad. Pero *vosotros* no estáis satisfechos—vosotros, como individuos separados—y de aquí la inmensa prolongación de aquellas escaras del dolor en el individuo.

«*El deseo de continuidad por parte del individuo tiene sus raíces en el egotismo. Nace del instinto de conservación del ego*». Naturalmente. Ser exclusivo es aflicción; y por medio de esta exclusividad del sufrimiento crece el hombre. Mas, si os dáis cuenta que la vida todo lo incluye, sin separación alguna, sin barreras, entonces viviréis en ese estado del todo en el presente.

«*El equilibrio de que habláis, entre la razón y el amor, es doble en el hombre liberado. a) Significa que el amor y la razón deben estar contrapesados, de modo que no haya más de uno que de otro. b) Significa que ambos, juntos, deben defender su equilibrio contra todos los impactos del exterior que puedan tender a romper ese equilibrio. Por ejemplo: nada puede ocurrir al hombre liberado que le haga, siquiera por un momento, odiar en vez de amar, o cesar de mirarlo todo con los ojos de la verdad que todo lo abarca. ¿No es así?*

Naturalmente. Cada uno—esto es, razón y amor—debe estar equilibrado en sí mismo y no en contradicción u oposición con el otro. Si consideráis el amor como su propia eternidad, e igualmente la razón, como cada uno está equilibrado, habrá equilibrio entre ambos. Consecuentemente podrán resistir a los impactos del exterior. Este equilibrio es, pues, acción pura, con sentido de dentro a

fuera, jamás cuenta con las cosas externas, con las reacciones del exterior. Por esa razón tiene que existir primero el amor del individuo particular—aunque esto, naturalmente, no es amor puro y equilibrado. Para llegar a este amor desprendido y perfectamente equilibrado tenéis que pasar por el apego a lo personal—con todas sus limitaciones, dolores, corrupciones, luchas, etc. Pero esto no quiere decir que se trata de algo real. El sabio, el de mente atenta y altamente concentrada, no se satisface con estar limitado por el amor a un individuo, sino que constantemente busca ensancharse y crecer y dar ese amor que tiene las raíces en la eternidad. Todos necesitan ser prácticos, comprender prácticamente la vida. Pues bien, el hombre más práctico del mundo es el liberado, porque ha descubierto el verdadero valor de todas las cosas. Este descubrimiento es la iluminación.

«*Esta última clase de equilibrio tiene su paralelo en la técnica de un gran artista, acumulada, por así decirlo, y en suspenso, pero lista para manifestarse tan pronto como se presente la ocasión*».

Como el equilibrio de un águila posada sobre débil rama, capaz de remontarse o descender; equilibrada, en suspenso, siempre preparada.

«*En otras palabras, el hombre liberado es el artista de la vida que puede crear de nuevo todo lo que le rodea y todo cuanto le suceda, en términos de amor y razón*».

Os ruego que comprendáis—esto es perfectamente verdadero. Puede crear de nuevo cualquier cosa que le suceda a *él,* no lo que suceda a los otros. Algunos de vosotros esperáis a que un hombre liberado moldee *vuestra* vida—dicho de otro modo, buscáis milagros, un medio de escapar de la lucha. Este no es el camino de la comprensión. El hombre liberado, por su técnica acumulada y en suspenso, vuelve a crear todas las cosas en términos de razón y amor, y de aquí que esté libre de toda clase de incidentes y experiencias, porque ya ha recolectado la esencia de todas las experiencias. Así, «el hombre liberado es un artista de la vida que puede crear de nuevo todo lo que le rodea»... en términos de su propia realización de toda la vida.

«El que no ha logrado aún la liberación vive, o cree que vive, desde su centro separado. Cuando ha conseguido la liberación lo ve como un foco, simplemente, y vive a través de él, no desde él».

Esto es: antes, él era un punto por medio del cual podía la vida expresarse; después de la liberación se convierte en la vida toda, no ya en un solo punto como antes.

«Si esto es así, ¿se sentirá entonces vivir igualmente a través de los otros focos semejantes?».

Ya no existen focos; no hay circunferencia que limite.

«¿O es consciente de algún lazo especial que le una al foco que hasta aquí ha considerado como su yo? Es posible que esté mal planteada esta pregunta, pero sería interesante una contestación».

Seguramente; si se me permite, la pregunta está erróneamente planteada en el sentido de que aborda la idea objetivamente, siendo así que en el puro ser no hay estados mentales objetivos y estados mentales subjetivos. En cada uno está lo subjetivo y lo objetivo, cuando se es consciente de sí mismo. La realización de la felicidad absoluta es un estado en el que no hay consciencia objetiva o consciencia subjetiva. Es un estado de puro ser. En el momento en que os aferráis a la existencia individual necesitáis un punto focal a través del cual pueda expresarse la vida, y de aquí surge la pregunta: ¿El individuo, al lograr la realización, contribuye con un determinado punto focal más al total de la vida? Tal ansia de perpetuar la existencia individual proviene de vuestra limitación, no de vuestra comprensión de la vida. Consideráis a ésta desde el punto de vista de la existencia puramente individual; queréis que la escara de la individualidad continúe y se conserve en la realización. Para mí, la individualidad no es un fin, sino un medio para la realización. Por lo tanto, no es cuestión de objeto, de sujeto ni de focos. Es, más bien, cuestión de la realización inmensa del Ser, en el que no hay separación, ni individualidad, ni reacción. Estas preguntas pueden plantearse y ser comprendidas cuando tanto la pregunta como la contestación dejan de examinarse con una mente finita. (No supongáis, por favor, que para comprender sea necesario hacerse místico u ocultista). Así, pues, veis que no os es posible acercaros a la Verdad por

ningún sendero. Los senderos son divisiones que la mente finita hace de la vida, y, por lo tanto, ilusiones. Si os ocupáis de la vida entera, con sus luces y sus sombras, dolores, luchas, placeres, éxtasis, alegrías y aflicciones, como una sola cosa, y lo asimiláis y acumuláis, manteniéndolo en reserva, perfeccionando vuestra técnica para la recta acción en todas las circunstancias, entonces comprenderéis ese estado de Puro Ser que es dinámico, no estático; que ni establece ni aniquila lo individual.

Pregunta: Parece desprenderse de todo cuanto habéis dicho sobre liberación que el grado en que un individuo se ha acercado a ella puede calcularse por la medida en que puede amar y comprender espontáneamente, es decir, de modo automático. Esto parece representar, en la práctica, más o menos, lo mismo que lo que expresáis por equilibrio creador del amor y de la razón. ¿No es lo que en otra ocasión hablábais como «creación sin forma», simplemente este amor y esta razón, acumulados y aplicados sobre cualquier cosa que nos salga al paso, o en otras palabras, la facultad creadora antes de que haya dispuesto del material para la creación?

KRISHNAMURTI: *«Parece desprenderse de todo cuanto habéis dicho sobre liberación que el grado en que un individuo se ha acercado a ella puede calcularse por la medida en que puede amar y comprender espontáneamente, es decir, de modo automático. Esto parece representar, en la práctica, más o menos, lo mismo que lo que expresáis por equilibrio creador del amor y de la razón».*

Seguramente. La espontaneidad pertenece siempre a la vida pura; siendo la vida pura, acción pura, la consumación del esfuerzo y de la experiencia. De aquí que se pueda medir (si necesitáis hacerlo, lo que considero vano y fútil), y juzgar la propia conducta para hallar si es espontánea o si es producida por reacción. Mas, descubrir la espontaneidad de la acción debe ser el comienzo de aquel perfecto equilibrio entre la razón y el amor.

Preguntáis: *«¿No es lo que en otra ocasión hablábais como «creación sin forma», simplemente este amor y esta razón, acumulados y aplicados sobre cualquier cosa que nos salga al paso, o en*

otras palabras, la facultad creadora antes de que haya dispuesto del material para la creación?

Ciertamente, así es. Eso es vida pura. Cuando hay reacción, el amor pide un objeto para su cariño. ¿No es cierto? Cuando el amor necesita para su sostenimiento, para su bienestar, para su felicidad, un objeto, eso no es acción pura del amor. El equilibrio del amor no exige ningún objeto. Siempre está presente y se exterioriza en recta acción cuando aparece un objeto. Este sublime amor es dinámico, creador y no siente la necesidad de ningún objeto. Es su propia inmortalidad, es vida; y la vida es creadora, aunque no sea necesario que se exprese en forma. Pero para llegar a eso tenéis que comprender la forma, la manifestación, y pasar por ella.

Viernes 18 de Julio.

Es natural que si no hay en vosotros suficiente interés o avidez para descubrir, me sea muy difícil la charla matinal: inventar algo nuevo. Comprendéis que tiene que ser así. De mi mente no pueden salir nuevas ideas, sino que tengo que repetir siempre lo mismo, describiendo la misma cosa desde puntos de vista diferentes. Pero siempre resultará la misma realidad fundamental.

Si, por el contrario, hubiese por vuestra parte una verdadera ansiedad por coger las ideas y bregar con ellas, algo más se conseguiría y no iríamos cada vez a menos. Cuando se inventan ideas se convierten en teorías que nada tienen que ver con la ordinaria vida de todos los días, y no me interesan lo más mínimo las ideas teológicas, ni el inventar nuevas concepciones o formar nuevos argumentos. Por lo tanto, tenéis que venir tan preparados a comprender como yo lo estoy a dar. No puede ser asunto de una sola de las partes. Yo no puedo llenaros si vosotros no lo deseáis; si no tenéis hambre es inútil ir a un banquete. Pero si *tenéis* hambre, habrá suficientes manjares para vuestro diario sustento. Así, no queráis que lo haga yo todo: no esperéis a ser llenados. Cuanto más hondo metáis el cubo de vuestro deseo en el pozo de la comprensión, mayor será vuestra capacidad receptora. Por el momento no noto que haya suficiente ansiedad, interés vital. Hay una curiosidad superficial.

Si tuviéseis el deseo de poner en práctica una sola de las ideas que expongo, os convenceríais de las tremendas posibilidades, deducciones, oscuros sentidos que las conciencias y mentes irreflexivas perciben cuando conceden una atención superficial. Así, debéis venir con una mente reflexiva, ávida e impaciente.

Ya dije el otro día que lo que hablo no procede de lecturas ni de reuniones, ni de libros ni de discursos. No es, por lo tanto, una deducción a la que haya podido llegar después de examinar teorías distintas o razonamientos variados. En mí, procede de mi propia experiencia, y de aquí que sostenga que lo que yo digo no es personal sino universal. Se halla relacionado con la vida misma, y, por consecuencia, aplicable a cualquier momento de la existencia individual; es, pues, práctico, vivible y realizable.

Una definición únicamente tiene valor cuando nos ofrece la oportunidad de mirar, a través de ella, algo que está más allá. Este es el lugar que corresponde a una definición; no es un fin en sí misma.

Así, voy a tratar esta mañana de describir, definir, lo que en rigor es indescriptible e indefinible; expresar en palabras lo que sólo es realizable cuando hay una mente perfectamente estable, manejable, útil, vehemente y desnuda de opiniones y extravagancias personales. Es absolutamente necesario no ser terco, que no dominen las opiniones. La vida es creación, y a esta creación no se le pueden aplicar las palabras «Felicidad» o «Infelicidad». La vida es creación, es movimiento, y en ella hay manifestación y no-manifestación, fenómeno y no-fenómeno. Por lo tanto, no vayáis a la comprensión de la vida con ninguna clase de relaciones cualitativas, circunstancias especiales o atributos. Por esto he dicho que para comprender la última realidad, la finalidad de la vida, la vida misma, tenéis que llegaros a ella con una mente libre de todos estos atributos y cualidades. La vida es creación y la Naturaleza oculta la vida, es decir, todo lo que es manifestación oculta en sí a la vida. Cuando esta vida en la Naturaleza se desarrolla y se concentra en lo individual, la Naturaleza se ha realizado a sí misma. (Esto no es una teoría; podéis meditar sobre ello y lo veréis). Todo el destino y función de

la Naturaleza se reduce a crear el individuo consciente de sí mismo, conocedor de los pares de opuestos, que sepa que es una entidad consciente y separada. Así, pues, la vida en la Naturaleza, por medio de su desarrollo, se hace consciente de sí misma en el individuo despierto y concentrado. Este es un ser separado, un individuo consciente de sí mismo, que sabe que él es distinto de otro y en el cual existe el «yo» y el «tú». Cuando esta vida consciente de sí misma en el individuo, esclavo de las limitaciones, conocedor de la separación del «yo» y del «tú», del sujeto y del objeto, se ha liberado a sí misma de esa limitación, ha logrado el fin, se ha realizado a sí misma. Por lo tanto, la conciencia de sí mismo es esfuerzo. Si no hacéis un esfuerzo y no dirigís este esfuerzo contra la limitación, no existirá la propia conciencia y la individualidad. La individualidad es imperfección: no es una finalidad. Cuando la individualidad se ha realizado a sí misma por el esfuerzo incesante, destruyendo, derribando el muro de separación, consigue la sensación del vivir sin esfuerzo; entonces la conciencia de sí mismo en el individuo realiza el conocimiento puro en el cual no hay sujeto ni objeto.

Mi parecer es que debéis conocer primeramente hacia dónde se dirige la vida—al decir vida me refiero a la existencia individual que alcanza su finalidad en la liberación. El hombre que vive la separación no es más que sujeto, limitado, en él no ha sido todavía realizado el objeto. Tiene que darse cuenta de lo que se propone la vida con su labor; de lo contrario, a nada conduce la experiencia, la creación no tiene sentido, la perfección es palabra vana, la singularidad nada significa. Si ese individuo que tiene la conciencia de la separación del sujeto y del objeto, no comprende el propósito de la vida, se convierte en un simple esclavo de la experiencia, de la creación. Por lo tanto, mi doctrina es, primero comprender el propósito de la vida, saber a dónde conducen vuestras luchas, y después utilizar cada experiencia, cada emoción, cada pensamiento para fortalecerse y derribar el velo de la separación.

Para el individuo consciente de sí mismo hay sujeto y objeto, y el objeto resulta una entidad lejana cuya ayuda busca, adora, ama y a la que se entrega completamente. ¿No hace todo el mundo esto?

Para el individuo separado, la vida es sujeto y objeto; pero la finalidad de la vida, su realización está en conseguir la totalidad: el ser; sin objetividad ni subjetividad, que es vida pura. El objeto existe realmente en la subjetividad del individuo. En el individuo está el principio y el fin. En él reside la totalidad de las experiencias, pensamientos y emociones. En él está todo, potencialmente; y su tarea consiste en realizar esta totalidad en lo subjetivo, esto es, en su propia conciencia.

El propósito de la vida es, pues, llegar a ese puro ser por una serie de esfuerzos de todos los días, minutos y segundos; ese puro ser en el que no hay esfuerzo y que no conoce le separación y conciencia individuales, porque la conciencia individual es esfuerzo. Cuando realizáis esto, dentro de vuestro propio yo reside el universo entero—el universo de la *vida*, no el de la manifestación—y, al ir de dentro afuera, inevitablemente volvéis a la fuente de toda existencia, que está en vosotros. De aquí que este puro ser, esta pura vida, lo incluye todo; y aunque fuera de él hay tiempo y espacio, en él el tiempo y el espacio no existen.

Así pues, el puro ser, la vida, están más allá del tiempo y del espacio, y, por esto, es imperturbable, tranquilo, sereno, manejable, felicidad. Cuando dependéis del tiempo y del espacio hay limitación e infelicidad. El puro ser, impersonal, aunque no es pensamiento ni emoción ni deseo, es, sin embargo, el fin del deseo, la meta del pensamiento, el objetivo de la voluntad. Es intuición. La intuición, aunque no es pensamiento ni emoción, es el fin y la meta de ambos. Esta pura vida es impersonal; pero llegaréis a ella por medio del esfuerzo personal, de la purificación del pensamiento y de la emoción. La pura vida no se encontrará en las cosas externas objetivas, sino en nuestro propio yo; y para hallarlo se requiere un incesante esfuerzo.

Cuando hayáis alcanzado el puro ser, la pura vida; cuando hayáis hallado la verdad, a la que no se va por ningún sendero, cesarán vuestros esfuerzos; viviréis por intuición pura, la cual está potencialmente en cada individuo consciente de sí mismo. Por la conquista contínua, por la comprensión de vuestros anhelos internos,

de vuestras esperanzas, desesperaciones, vanos empeños y deseos de comodidad y consuelo; por la repulsa gradual de todas estas cosas, llegaréis a la vida liberada que es felicidad, morada de la intuición pura y de la pura acción. Cualesquiera que sean los objetos que se presenten ante esta intuición recibirán siempre la justa respuesta. Una vez que hayáis comprendido el propósito de la vida, aunque sea objetivo, exterior a vosotros al principio, estaréis siempre atentos, vigilantes, concentrados, para utilizar cada experiencia y cada pensamiento a modo de guías que os conduzcan hacia *aquello.* De esta manera os convertiréis en vuestros propios libertadores.

Hombres tales ya no sentirán temor. Han alejado la causa fundamental del temor. El que no hace depender su crecimiento interno de las circunstancias externas, conquista el espacio que hay entre su separación autoconsciente y su realización. Esto es liberación, felicidad; no los estados intermedios que son sólo ilusiones en la mente. Espero que me hagáis preguntas sobre esto; pero se trata de una viva realidad indescriptible, alcanzable solamente por cada uno de vosotros. Yo no puedo transmitírosla. Así, de nada sirve esperar a que yo llene ese vacío. Sin embargo, en cuanto os déis cuenta de ese vacío, ya lo estáis llenando; en el momento que percibáis el propósito de la vida y vuestra propia existencia separada, vuestra individualidad consciente de sí misma, estáis salvando la cortadura por medio de vuestro esfuerzo incesante. El hombre feliz es el que ha conquistado todo esfuerzo, pues, en rigor, la verdadera virtud es espontánea y sin esfuerzo. Mientras la virtud requiera esfuerzo, no hay tal virtud. Si el esfuerzo es necesario, todavía no os habéis liberado; aún no existe el estado de comprensión, de puro ser, de pura felicidad y de pura intuición. Para conseguirlo debe haber una vigilancia aguda, esfuerzo continuo, ajuste y selección; y todo esto requiere gran energía y una inteligencia despierta. Quien desee realizar este estado de liberación, felicidad, pura vida y puro ser, tiene que darse cuenta constantemente del verdadero valor de todas las cosas que le rodean. El que haga esto se convertirá en un iluminado, porque ya no es esclavo de las cosas inútiles.

Sábado, 19 de Julio.

El peligro que veo en las discusiones metafísicas, es que nos sacan de los conflictos reales que cada uno de nosotros tiene que afrontar en la vida diaria. Cuando yo hablo de algo que es sólo realizable, que no se puede dar ni transferir a otro con palabras, tendemos a pasarnos a ese reino de discusión, de controversia, y salir del reino del ajuste constante. La Verdad, que para mí es la Vida, no es una cuestión de lógica, ni hay que entenderla por medio de discusiones filosóficas o disputas metafísicas. Está más allá de la comprensión intelectual y del mero sentimiento. La Verdad no es para que se crea en ella; es para que se realice por uno mismo. Las palabras que empleo están destinadas a transmitir un cierto significado—pero puedo fracasar en este propósito. Si se pudiera inventar un nuevo lenguaje, sería infinitamente más fácil. Como no puedo, tengo que usar el lenguaje corriente, y moldear en él lo que quiero decir para que convenga a mi designio. Las palabras, como el intelecto, deben actuar como un puente. El verdadero objeto del intelecto es servir de puente entre este mundo transitorio y el mundo de la realidad, el mundo de la verdad, de la vida, de la felicidad. E igual sucede con las palabras. Si meramente os atenéis a ellas, no os dirán nada. Yo, personalmente, no quiero en absoluto entrar en discusiones metafísicas. No es esa mi intención, porque allí nos perderíamos; allí tendríamos innumerables teorías y lucharíamos por ellas. Lo que necesitamos no son más teorías, más contiendas filosóficas, sino una clara comprensión de la línea de conducta, que es la línea de vida. La conducta tiene que ajustarse constantemente al propósito del individuo.

Pregunta: Hablasteis ayer del propósito de la vida. Entendemos que queréis decir con esto el propósito de la existencia individual. ¿Podéis desarrollar la idea de que la vida pura no puede tener propósito alguno?

KRISHNAMURTI: Naturalmente, la vida, la acción pura, la misma vida pura, la totalidad, la suma de toda vida, no tiene propósito. *Es.*

Esa vida no es de naturaleza ni clase particular; es impersonal. Po eso la Vida no puede comprenderse por medio de ninguna condición ni de ningún sendero; es el Yo de todas las cosas. Pero entre ese Yo y su comprensión por el individuo, está esa existencia individual, esa cicatriz del sufrimiento. En desgastar esta individualidad, este ego de reacción, consiste el propósito de la existencia individual, de la vida con «v» minúscula. Por otra parte, en la Vida—con «V» mayúscula—, en la Vida pura que no tiene propósito, no hay división; no existe diferencia entre manifestación y vida. *Existe* un propósito en el individuo que es consciente de sus imperfecciones; a saber: el de realizar completamente, sin atributos ningunos, cualidades ni relaciones especiales, esta totalidad que existe por sí misma, y cuya causa reside en ella misma. Pero en esa Vida que existe por sí misma, y cuya causa reside en ella misma, no hay propósito. El individuo que conoce la separación está preso en el esfuerzo (el esfuerzo es imperfección), y para él, como separado segmento de esa Vida, existe un propósito. Se tiene, por tanto, que realizar la verdad de este Yo, que es el Ser puro, que está en todas las cosas, y al realizarlo así, se trasciende la separada conciencia del individuo. La separación es limitación, dolor, infelicidad, esfuerzo. Y a través de esta infelicidad, selección, esfuerzo y ajuste continuo, la existencia individual debe adaptarse todo el tiempo a esa Verdad. Así, tiene que haber concebido, y haber tenido un vislumbre de esta Vida pura, de este Ser puro, que es la suma de todo esfuerzo y, por tanto, es la carencia de esfuerzo. Es la suma del bien—de un bien en el que no hay esfuerzo. Realizando esto, comprendiéndolo, desgastará, por la acción espontánea, el muro de separación. Cuando existe la realización total o la unión con esa Vida, entonces desaparece el anhelo por la existencia separada—se es todo, creación, perfección—sin mancha, porque la cicatriz de la individualidad se ha desvanecido.

Sé que la mayoría de vosotros creeréis inmediatamente que esto significa la total aniquilación, porque diréis: ¿cómo se puede alcanzar esto sin la destrucción de la existencia individual? En cuanto lo miréis desde ese punto de vista, vuestra existencia individual se convierte en la cosa más importante; en cambio, desde el punto de

vista de la Vida, la individualidad es imperfección, es meramente un segmento de la totalidad, y por sentirse a sí misma sólo una parte, es por lo que está continuamente tratando de completarse, de convertirse en la totalidad. La idea de que la verdad es el desarrollo del individuo debe desecharse. No podéis desarrollar nada que es por su naturaleza imperfecto—y esta individualidad lo es. Pero podéis desgastarla por ajustes constantes—por ajustes de la conducta en la acción. He aquí por qué importa vitalmente lo que sois ahora, y por qué debéis desechar todas las teorías filosóficas o metafísicas. Lo que importa es cómo vivís, cómo os comportáis, cuál es vuestra conducta, vuestra acción, vuestra elección—no si el Yo existe, o si lo que existe no es el Yo—si lo que progresa es el «yo» o el «no yo». ¿Quién se ocupa al final de esas teorías? Lo que realmente importa es que tenéis aflicción. Cuando el hombre es presa de la aflicción, quiere libertarse, quiere establecer dentro de sí la tranquilidad y la paz; necesita una mente flexible y anhelante, y ésta sólo puede desarrollarla por medio de la selección continua. La selección es el constante descubrimiento de la verdad. Tiene que existir esa vigilancia anhelante para el ajuste continuo—sin ceder nunca ni por un segundo. Esto para mí no es una teoría, porque yo mismo lo he hecho. Os lo expongo para que lo toméis o lo dejéis. El hombre sabio, el que tenga aflicción (y el sabio *tiene* aflicción, porque siempre está luchando para descubrir), examina, analiza, busca con la crítica el principio fundamental; y por medio de esa crítica y del examen impersonal, llega a enterarse de la realidad completa.

Pregunta: Habláis ahora mucho de la vida pura, del ser puro. Tal concepción parece tender a la metafísica. ¿Podéis explicar ese concepto en una forma más en relación con la conducta en la experiencia diaria?

KRISHNAMURTI: Muy bien. Tomad un ejemplo—mañana me extenderé más sobre ello. El deseo de comodidad: eso es lo que yo llamo reacción. No es condición pura, vida pura. La comodidad implica el temor; además, lo engendra. La comodidad en lo físico, emocional y mental; la comodidad física, que requiere lujo; la co-

modidad emocional, que os hace depender de otro para vuestro bienestar, que os hace temer la soledad; tal deseo de comodidad es siempre reacción, no la manifestación pura del ser. La acción pura, la vida pura, el ser puro, la verdad, no depende en su dicha, en su integridad, en su éxtasis, de reacciones producidas por objetos externos. Mirad dentro de vuestros corazones y mentes, y veréis cómo dependéis emocionalmente de alguien en vuestro crecimiento —lo que debe ser así al principio. Estáis aún limitados en vuestro amor a una persona—no al conjunto. De aquí que tal amor, aunque potencialmente es acción pura, esté aún preso en las reacciones de aflicción, dolor, placer. Más tarde, por el amor a uno, desarrolláis un amor cada vez a mayor número; y así desgastáis el muro de reacción. Para llegar a esa Vida pura, a ese puro Ser (mañana inventaremos para ello nuevas palabras), tenéis que amar a alguien; tiene que existir el intenso deseo del afecto, del amor. Pero el sabio no se satisface sólo con esto. El sabio, en su lucha para llegar a la pureza, a la incorruptibilidad del amor—del amor que es su propia eternidad—, crece continuamente por el sufrimiento que engendra ese amor estrecho. Seguramente, eso es lo que sucede a cada uno en la vida. Así, hasta que lleguéis a ese estado en que el amor no pide un objeto, no habréis encontrado el amor puro, que carece de reacción. Después de todo, amáis a una persona, y luego multiplicáis ese «yo soy» que existe en los muchos, hasta que los incluyáis. Eso es amor, en lo que yo llamo «acción pura».

Pregunta: Siempre nos habéis incitado a comprobar toda verdad por la experiencia. Pero cómo podremos saber nada del Ser puro hasta que no lo hayamos alcanzado? No parece sino otro nombre para «Dios»—algo que está lejos.

KRISHNAMURTI: Hacéis perfectamente bien en no aceptar nada de lo que vuestra experiencia no os haya dado la certidumbre. Si lo hiciérais sería erigir a otro en autoridad, aceptar la realización ajena. *¿Cómo podremos saber nada del Ser puro hasta que no lo hayamos alcanzado?* Podréis conocer el Ser puro a través de la limitación del amor, a través del amor personal, porque el amor es

su propia eternidad. Por la intensa lucha descubriréis que la semilla de la eternidad yace oculta en este amor en el que hay limitación, pena, dolor, placer, éxtasis.

Pregunta: El librito fundamental «A los pies del Maestro» debe confundir a muchos que niegan las cosas místicas y ocultas, porque en él escribísteis: «Estas no son mis palabras, sino las palabras de mi Maestro.» ¿Cómo debemos entender eso?

KRISHNAMURTI: Lo explicaré. En la busca de la verdad, tenéis en el fondo de vuestro ser una certeza de que estáis buscando algo fundamental, eterno, real, que no depende de ninguna persona, por muy evolucionada que sea. Así, buscáis continuamente esa realidad oculta, reprimida, y la atribuís a ciertos tipos de individuos altamente evolucionados. Pero desde el momento en que os aproximáis a ese modelo y os ajustáis a él, encontráis que la realidad no está ya en ese tipo de individuo, y vais más allá. No es una cuestión de gratitud; la verdad nada tiene que ver con la gratitud. La verdad está más allá de todas las personas, más allá de todos los estados de desarrollo individual. Continuamente la estáis buscando, y la atribuís a las personas con quienes os encontráis. Pero gradualmente eliminaréis estos modelos que habéis imaginado, hasta que al fin lleguéis a vuestra meta. Porque yo he encontrado la realidad, digo a todos los que quieren escucharme: No atribuyáis la totalidad de la verdad a tipos individuales. Buscad lo último, que no es de ninguna persona, de ninguna secta, de ningún sendero. Debido a que os apegáis a la ilusión de que la comprensión de la vida, de la verdad, tiene que venir por medio de un individuo, por medio de un tipo especial, no queréis desasiros. Para comprender tenéis que estar vacíos como un desierto, como un valle. Todas estas cuestiones de modelos determinados surgen cuando todavía os apegáis a la ilusión de la ayuda personal externa. Mi propósito es mostrar a aquellos que quieran ver, que la verdad está en ellos mismos. La felicidad que están buscando yace oculta dentro de sus propias limitaciones, dentro de su pequeño amor y de su mezquino pensamiento; el des-

arrollo de ese amor, para que llegue a comprenderlo todo, es la realización de la Vida pura.

Pregunta: ¿Queréis tener la bondad de explicar un poco más vuestro dicho: «La única manera de averiguar si la reencarnación es una realidad, es por vuestra vida»?

KRISHNAMURTI: La teoría de la reencarnación existe porque el individuo, «vosotros», no puede dominar todas las circunstancias de la vida inmediatamente. Por eso prolongáis la existencia individual en el tiempo, hasta que la individualidad se desgasta, hasta que se realiza el Yo. Pero si todo el tiempo vivís esa comprensión de la verdad en el presente, entonces la teoría de la reencarnación resulta innecesaria, ¿no es cierto? Si sólo es una teoría, no hará mucho por vuestra felicidad en el inmediato presente. Para realizar de hecho esa teoría, tenéis que vivirla, no posponerla. Si la vivís, entonces la teoría de la reencarnación se convierte en realidad; y entonces la teoría se desvanece, resulta innecesaria.

Pregunta: Habláis del pensamiento creador. ¿Creéis que los pensamientos de amor o de fuerza enviados a personas de quienes sabemos que tienen aflicción o depresión, son de alguna utilidad? Con frecuencia he tratado de hacerlo, y a veces la persona a quien he dirigido mis pensamientos lo ha sentido y me lo ha dicho después. Pero también me han dicho que el alivio no ha durado mucho, y eso me hace dudar del valor de esta clase de poder del pensamiento.

KRISHÑAMURTI: No es cuestión de enviar pensamientos a alguien que sufra o no. Es cuestión del pensamiento mismo. ¿Cómo podréis ayudar a otro si vosotros mismos no tenéis certeza en vuestros propios deseos, en vuestros deleites, en lo que habéis conseguido? Si *tenéis* certidumbre, si sois fuertes, si tenéis un propósito definido, entonces ayudáis automáticamente a *todos* los que os rodean. Si poseéis una hermosa flor, todas las abejas acudirán a ella, porque contiene miel. Pero todo el tiempo os estáis ocupando de a quién vais a ayudar, sin ocuparos de tener esa cualidad de la «miel» pura. No es que no debáis ayudar, pues el anhelo por tener

esa cualidad no es egoista. Una acción espontánea es siempre hermosa, y de aquí que tenga la capacidad de ayudar. (No me gusta usar la palabra «ayudar».) Una cosa bella en sí misma es una gloria; no podéis darle los atributos de «servicio» o «ayuda». Así, si uno es recto en su interior, entonces ha logrado esa cualidad de bondad que carece de esfuerzo, y por ello no se ocupa de si está ayudando o no. Ahora bien, eso es precisamente de lo que os ocupáis. Os preocupáis y enredáis con la idea de a quién ayudáis y a quién no.

Pregunta: Cuando se eduquen niños sin religión, ¿no existirá el peligro de que se hagan materialistas y no busquen la vida espiritual?

KRISHNAMURTI: ¿Por qué despreciar tanto a los materialistas? Tienen, como todos los demás, aflicción y conflictos. Con dar los nombres «espiritual» y «material» no vais a resolver el problema. Con poner etiquetas no vais a encontrar la verdad. No existe peligro alguno si los padres realmente comprenden. Creéis que es espiritualidad tener a Dios contínuamente en los labios; pero si una persona tiene verdadero afecto, si ama a la gente, si es impersonal en su pensamiento, no se considera como espiritual. Averiguad, pues, ante todo, lo que es espiritualidad; cuál es la cualidad de la espiritualidad y cuál la del materialista. No sé si queréis que yo defina lo que considero espiritual. La espiritualidad no consiste en hechos intelectuales, no es el exámen de los fenómenos en otros planos, no es el exclusivismo de la adoración de muchos «yo soy», ni la exclusiva de distinciones espirituales. La verdadera espiritualidad, desde mi punto de vista, consiste en incluirlo todo sin distinciones. Eso puede hacerse, se puede llegar a ello, no es realmente una cosa difícil. El otro camino es mucho más complicado y difícil —y probablemente por eso lo elegís. La espiritualidad es el conocimiento del verdadero valor de las cosas—y todo lo demás con que suelo definirla. Comprended esto primero y entonces desaparecerá la distinción entre «materialismo» y «espiritualidad». Entonces ya no os separaréis como seres superiores—como más avanzados que el «materialista». Cuando hayáis comprendido la risa y las lágrimas

de la vida (y ambos, el materialista y la persona espiritual han suprimido la risa y las lágrimas, las han escondido dentro de sí mismos) —cuando hayáis comprendido esto, no dividiréis la vida.

Pregunta: Entiendo que no hay otro camino para libertarse del cruel y feo estado de cosas en nuestra civilización que el logro individual de la libertad, del amor puro. Este parece ser un camino muy largo, y puede parecer más bien egoista si miramos a calamidades tales como la guerra, la prostitución, la extrema pobreza, etc. Pero creo que es el camino más seguro para ayudar a los hombres. ¿Estoy en lo cierto?

KRISHNAMURTI: Habéis contestado vuestra propia pregunta. ¿Por qué existe la guerra? Porque existe en el individuo lo opuesto al amor—odio, codicia, envidia, ansia de posesiones. Si vosotros, como individuos, cesáis de ser codiciosos, de tener afán de posesión, de ser exclusivos (y estas son las cosas en que debiérais pensar, no en cosas metafísicas), entonces la guerra cesará. Si vosotros, como individuos, no cedéis a estas cosas, quitaréis aflicción en vez de aumentarla.

¿Por qué existe la prostitución? Porque existe la pasión en cada uno. De igual modo, la extrema pobreza, porque existe el deseo de poseer. Durante muchos siglos, la guerra, la prostitución, la pobreza, etc., han existido a causa de los individuos. Son los individuos quienes han creado este monstruoso mecanismo. Todos han contribuido a él, y no podéis destruirlo en un minuto. Pero no debéis contribuir a él; llegando a ser tranquilos de mente, dominando vuestras pasiones, librándoos del deseo de posesión, podéis ayudar a que estos males tengan un fin.

Pregunta: ¿Debemos entender que vuestro trabajo está tan oculto en los corazones y mentes de los hombres que nosotros no podemos ver con nuestra limitada visión sus resultados en el mundo, y que la comprensión y el amor, en su realización más alta, tienen que producir finalmente un resultado en nuestra civilización? ¿Es cierto que cada uno de nosotros, si vive en la realidad, ayudará a que se efectúe ese resultado, aun si no ve el efecto de ello inmediatamente?

KRISHNAMURTI: De nuevo ansiáis las pruebas de vuestras acciones. Queréis ver lo que alcanzáis—no estáis contentos con ser. Ser es la suma de la acción, por eso está libre de todos los resultados. *«¿Debemos entender que vuestro trabajo está tan oculto en los corazones y mentes de los hombres que nosotros no podemos ver con nuestra limitada visión sus resultados en el mundo?»* ¿Qué es el mundo? Vosotros mismos aumentados un millón de veces—en diferentes formas, en diferentes manifestaciones. Eso es el «mundo». El resultado en esa manifestación puede descubrirse únicamente si vosotros mismos habéis cambiado. No os preocupéis por el resultado, por el fruto de vuestras acciones. Vosotros automáticamente producís un efecto, pero no os importa el efecto. Si *os* interesáis en él, quedaréis presos en ese interés—quedaréis esclavizados por los resultados de la acción. Para efectuar un cambio en el mundo, tenéis que comprender que vosotros sois una de sus causas contribuyentes, que sois en parte responsables de la aflicción, de la explotación de los demás, de la crueldad y el dolor. El no contribuir a ello no es buscar el fruto de la acción, sino ver que vosotros mismos estáis libres de todas estas cosas. Seguramente ése es el único camino en que podéis hacer algo en la vida—despertando más y más en los individuos el deseo de hacerse libres; ofreciéndoles esta libertad para que la cojan o la dejen, como quieran.

Pregunta: ¿Cómo nos libraremos de un vicio que consideramos ser una barrera entre nosotros y la meta? A pesar de nuestra voluntad, podemos volver a caer en él. Digamos, por ejemplo, la bebida o cualquier otro mal hábito.

KRISHNAMURTI: No existe el fracaso. El fracaso es simplemente la falta de fuerza para lograr una cosa. Desarrolláis la fuerza gradualmente; y si vuestro deseo real es lograrla, entonces la fuerza es cada vez mayor. Por tanto, no deis mucha importancia al vicio, que es solamente una forma extrema de la virtud. (¿Por qué sonreís, no es ello así? El vicio, después de todo, es sólo el anverso de la virtud). Si cambiáis lo que os interesa, la cuestión de luchar contra un vicio deja de existir, porque vuestro deseo estará ahora dirigido en

la buena dirección. El cambio de interés por las cosas es lo que realmente requiere el esfuerzo, no la batalla contra el vicio o el anhelo por la virtud. En otras palabras, todo depende de aquello en que estéis interesados. Averiguad en qué os interesáis—lo que persiguen vuestros deseos—y vuestros vicios pronto cambiarán. (No existe el «vicio»; esa es una palabra terrible.) Se me preguntará: «¿Qué queréis expresar al decir: No existe el vicio, si yo bebo?». No hay tal cosa, porque vuestros deseos están persiguiendo, están buscando la felicidad. Estáis tratando de realizarla en ese camino particular, porque no sabéis lo que es la verdadera felicidad. Si creéis que podéis conseguirla bebiendo, entonces la bebida se convierte en la meta del deseo; pero si veis que sólo puede lograrse dejando la bebida, entonces esta nueva meta llega a ser vuestro deseo. Os ruego, por tanto, que averigüéis hacia qué propósito tienden vuestros deseos. No os estropeéis con los vicios y las virtudes; no os mutiléis con palabras. El perfume de la comprensión está en el deseo, en el mismo deseo; y podéis o estrangular ese deseo haciéndolo mezquino, o hacer que lo incluya todo, que sea libre, ilimitado. Así, pues, tenéis que averiguar a qué dais importancia en la vida. El sabio es el que sabe dar importancia a lo esencial.

ESPERAMOS CONTINUAR LA PUBLICACION DE LAS CHARLAS DE KRISHNAMURTI EN LA REUNION DE VERANO, EN EL NUMERO DE OCTUBRE DEL BOLETIN

ESTE NÚMERO HA SIDO REVISADO POR LA CENSURA

E X P E R I E N C I A

POR E. A. WODEHOUSE

La experiencia, en el sentido en que Krishnamurti usa la palabra, es siempre activa o creadora. Es la combinación de una individualidad positiva con un hecho. Para transformar cualquier acontecimiento en «experiencia», tiene que salir algo del hombre mismo, apoderándose del acontecimiento, por decirlo así, e imprimiendo sobre él el sello de su propia cualidad individual. Sólo por medio de este elemento activo en la experiencia es como ésta adquiere valor para favorecer el crecimiento. Lo que cuenta no es lo que sucede al hombre, sino lo que él hace con el suceso.

Toda respuesta dinámica del hombre a los acontecimientos, sufre, conforme él avanza en comprensión, un cierto cambio gradual. En las primeras etapas es, en su mayor parte, simple reacción; más tarde se convierte en acción pura. Entre estos dos extremos hay diversas combinaciones de acción y reacción, determinadas por su grado de entendimiento; cada etapa más avanzada significa una mayor preponderancia de la acción pura. Cuando finalmente alcanza la liberación, la reacción cesa por completo; y desde ese punto en adelante, no existen ya, estrictamente hablando, sucesos externos. Los sucesos se convierten entonces en puramente subjetivos. Ocurre que cada uno de ellos llega a poderse expresar en términos de un impulso interno activo que procede del hombre mismo. Cada suceso se convierte en un «acto» de vida positiva y autodeterminada. Esto es «experiencia» en su sentido más cierto y puro.

El paso de la reacción a la acción puede marcarse así, en uno de sus aspectos, por el menor grado en que un suceso externo posee una cualidad objetiva propia. En el caso de simple reacción, el carácter de ésta quedará completamente determinado por el carácter objetivo del suceso. De esta suerte, si el hecho es desagradable, la respuesta automática será de aflicción o resentimiento; si es agradable, de satisfacción o alegría. Mas cuando la naturaleza interna ha desarrollado suficientemente su propia condición positiva—cuando,

como se dice en la terminología de Krishnamurti, ha habido una cierta «liberación de vida»—cualquier reacción instintiva se encontrará refrenada por esta cualidad positiva del hombre mismo. El acontecimiento dejará entonces de tener meramente el carácter que posee por sí mismo, y será modificado por el carácter que imprima sobre él la vida que lo experimenta. En otras palabras; la cualidad objetiva se transmutará en lo que puede llamarse «significado para la vida». Tan pronto como esto empieza a ocurrir, todas las calificaciones externas de «bueno» o «malo», «afortunado» o «desafortunado», tienden a perder su significación, y nace una serie de valores enteramente diferentes. A esta sustitución del valor objetivo por el «significado para la vida» se refiere Krishnamurti cuando dice, por ejemplo: «Invitad al dolor a la plenitud de vuestro corazón, porque el dolor da el perfume de la comprensión y es el creador del afecto». Esto significa que para la vida despierta, el dolor pierde su propio carácter original y toma una cualidad enteramente nueva, determinada por su valor como medio de acrecentar la vida. Cuando se llega al último grado de lucidez al conseguir la liberación, la sustitución llega a ser completa. De aquí en adelante, ningún acontecimiento o suceso posee por sí mismo carácter intrínseco. Todos, con respecto a su cualidad objetiva, son indiferentes para el hombre liberado. A todos los considera por igual, en términos del carácter que él mismo les imprime. Cada uno es importante o no importante, bueno o malo, útil o inútil, según sea su contribución a su propia vida libertada. Para tomar un ejemplo sencillo: el regalo de una gran suma de dinero se considerará por la persona vulgar como un golpe de fortuna eminentemente bueno; para el hombre liberado puede muy bien ser un estorbo. Y lo mismo ocurre con la fama, la popularidad, el éxito, y todo lo demás que, juzgado con las normas objetivas, posee cualidad de alto valor. La experiencia, en suma, se convierte progresivamente en negativa con respecto a sus cualidades externas, mientras que la vida interna resulta cada vez más positiva; y este aumento de carácter positivo significa que el crecimiento hacia la liberación está marcado por la gradual conversión de los «sucesos» en «acción». Cuando al fin se alcanza la completa libertad, no

existen en absoluto, como ya se ha dicho, sucesos externos. Todo se ha convertido en impulsos internos, es decir, su realidad ha sido absorbida por la de la vida que los experimenta.

Si esto parece algo misterioso a primera vista, podemos hacer una comparación vulgar con el que guía un automóvil, por ejemplo. La «liberación» aquí corresponderá a la perfecta destreza en la conducción, que será capaz de resolver todas las eventualidades que se presenten. Para el conductor que posea tal destreza, el carácter objetivo de los incidentes con que pueda encontrarse en la carretera, es indiferente. El «acontecimiento» puede ser un camión que venga en dirección opuesta; puede ser una persona que haya salido de paseo; puede ser un pollo que se cruce revoloteando. En cada caso, la «acción» que se requiere es precisamente la misma—a saber, una ligera desviación o modificación en el movimiento del coche para evitar un choque o un atropello, de tal modo que la velocidad quede inalterada. Esto es sólo otro modo de decir que en el caso de los tres objetos mencionados, la cualidad «camión», la cualidad «persona» y la cualidad «pollo», han dejado de tenerse en cuenta —aunque puedan ser muy significativas en otros aspectos. Vista desde *dentro* del movimiento —esto es, por una inteligencia que participe en el movimiento —la experiencia con las tres cosas es simplemente el ajuste activo de ese movimiento en el grado y forma necesarios para proceder con cada objeto en el momento de pasar junto a él. Del mismo modo, para la vida liberada, concebida como «moviéndose» entre los sucesos de cada día, las diversas cualidades de esos sucesos cesan de tener significación, y se presentan a la experiencia todas por igual, como modificaciones del mismo movimiento de la vida. Lo que parece un «suceso» cuando aún estamos en el estado de reacción, se convierte meramente en una modificación de la vida interna, tan pronto como pasamos de ese estado. Una serie de impulsos de vida, cada uno adaptado a la ocasión que lo hace exteriorizarse, constituye los «incidentes» de la vida en libertad. La experiencia en esta etapa ha llegado a ser puramente subjetiva. Nada ha quedado de ella sino un elemento activo. Señálase la vida libertada, no por sucesos externos, sino por internos movimientos de vida.

Para poner esto aún más claro, recordemos lo que es la vida liberada, como manifestándose en actividad que se exterioriza. En el plano del pensamiento, se muestra como pensamiento puro («puro» en el sentido metafísico); en el plano de la emoción, como sentimiento puro; y al pensamiento y al sentimiento puros, Krishnamurti les da los nombres de razón y amor, respectivamente. La pureza consiste en ambos casos en estar libre de reacción. El pensamiento puro es positivo, vida originalidad por sí misma que surge de su centro y se derrama a través de la mente. La emoción pura es positiva, vida originada por sí misma que surge de su centro y se derrama a través del sentimiento. Y toda la técnica de la vida liberada consiste en la conservación de esa pureza—esto es, en la capacidad de intervenir positivamente en toda experiencia, sin que ni la razón ni el amor queden rechazados, y, por consiguiente, manchados por la reacción. El material sobre el que se ejerce esta técnica consiste en lo que, desde el punto de vista externo, llamamos «sucesos»; y la aplicación de la técnica con éxito a cualquier suceso dado, consistirá en la capacidad de la vida para convertir este suceso, no importa de qué carácter pueda ser objetivamente, en una ocasión para un impulso de pensamiento y de sentimiento puros. Conforme pasa cada suceso, la vida liberada se apoderará de él, por decirlo así, y lo interpretará en términos de su propia realidad viviente. Lo verá con los ojos de la verdad; lo sentirá con el corazón del amor. En otras palabras, el suceso se traducirá instantáneamente en un acto interno de razón y amor. Y así, cuando se consideran los «acontecimientos» de la vida diaria desde dentro del mismo movimiento de vida, se presentan a la conciencia meramente como una serie de impulsos de razón e impulsos de amor. Cada uno se convierte tan sólo en la adaptación al caso que se presente, de una actividad positiva que se exterioriza,—de igual modo que los objetos de la carretera fueron experiencias para el conductor de automóvil solamente como modificaciones de su propio movimiento positivo hacia adelante.

Tal es la técnica de la vida en liberación—la conservación de su esencial pureza (esto es, su cualidad de acción pura, como diferente de la reacción) a través de cualquier eventualidad posible. Y aquí

es donde tenemos alguna insinuación de lo que, en uno de sus aspectos, constituye la dicha de la verdadera libertad. Esa dicha no es la del reposo y la quietud. Es la felicidad del funcionamiento triunfante, el éxtasis del *virtuoso,* el completo deleite al dominar tales dificultades. Es la alegría del hábil *batsman* (1) al dar un buen golpe a la pelota; del matemático al enfrentarse con un problema difícil; del montañés al tropezarse con una altura aparentemente inaccesible. Para tal vida, los sucesos se convierten simplemente en ocasiones para la manifestación de su propia técnica triunfante. Las dificultades son bien recibidas por ser tales; cuanto más difícil sea la tarea, tanto mayor es la alegría. El pensamiento y el sentimiento puros se convierten en la gloria de la autorealización por la misma obstinación de los «sucesos» que tratan de rechazarlos. Cuanto menos amable sea un hombre, mayor es la delicia en el triunfo de amarle; cuanto más desafía una cosa o un individuo a la verdad y al equilibrio del pensamiento, más viva es la alegría al traducir esa cosa o ese individuo en términos de aquella sabiduría que lo incluye todo, que lo ve todo desde el punto de vista de la Vida Una.

Toda «experiencia» debe llegar finalmente a esto. Es la consumación de la vida considerada como actividad creadora; en otras palabras: de la vida conforme la ve Krishnamurti. De igual modo que toda cosa o criatura en el mundo de manifestación, llega (en la enseñanza de Krishnamurti) a la realización de su propia y verdadera naturaleza, y, por tanto, a la liberación, cuando está animada completamente por la interna idea creadora de su propio ser, así, en el hombre—en quien tal realización, cuando se efectúa, es conciencia de sí mismo—la vida libertada de este modo, se convierte en creadora de por sí, e impone su propia idea creadora sobre toda su experiencia. De aquí en adelante, cada «suceso» se considera internamente como un acto artístico; indica la originalidad creadora de la vida que se ocupa de él; y los llamados «acontecimientos externos», no son sino las materias primas, los medios de este arte crea-

(1) En el juego de ***base-ball,*** el jugador que golpea la pelota que le arroja otro, con el ***bat,*** que es una especie de palo o garrote.—(N. del T.)

dor. Cada contacto así considerado resulta una oportunidad artística; en cada incidente se puede dejar la huella de una consciente creación. El hombre liberado, por decirlo así, se sienta frente a su caballete de pintor, y al presentársele los «temas» uno tras otro, prodiga sobre cada uno de ellos una interna inspiración. Desde su propio centro hace únicamente lo que la Vida absoluta hizo desde el suyo cuando produjo la infinita multiplicidad de la manifestación. Cuando lo absoluto perfecciona su propio designio artístico en la creación de una singularidad individual, es con el fin de poder derramarse por medio del centro de singularidad así establecido, en esa ulterior creación que está más allá de la Creación. El hombre libertado es, en último término, simplemente lo absoluto, libre para crear todas las cosas de nuevo por el inapreciable don de un nuevo centro desde el cual lo absoluto puede iniciar su eterno arte.

Este parece ser el significado subyacente de la exhortación que nos hace Krishnamurti de «vivir creando». Lo que quisiera que hiciéramos es que empezáramos, aun ahora, a tratar artísticamente los sucesos que componen nuestra corriente de experiencia. Convertid cada uno de ellos, nos dice, conforme se presente, en una expresión de vosotros mismos, imprimiendo sobre él una idea creadora nacida en lo profundo de vuestro propio ser. Haced de cada uno algo bello por la magia de la belleza que existe dentro de vosotros. No permitáis que pase nada sin que sufra este cambio, pues de otro modo, habréis simplemente reaccionado sobre ello. Y para que nada pueda pasar, manteneos constantemente preparados. Estad dispuestos en todo momento para cuanto se pueda presentar en vuestro camino. Manteneos equilibrados por la acción, con vuestros pensamientos y sentimientos puros recogidos dentro de vosotros para que en el mismo instante en que alguna cosa, criatura o «acontecimiento» se presente dentro de vuestra esfera de vigilancia, podáis apoderaros de ello sin vacilar, y «re-crearlo» por medio de la razón y el amor. Vivid en ese momento de concentrado y espectante Ahora, y conforme pase a vuestro lado la corriente de sucesos, animad cada uno de ellos instantáneamente con vuestra propia vida, y dejad que

pase, permaneciendo vosotros equilibrados y alerta para el próximo.

Esto, según Krishnamurti, es la vida libertada en acción. Es un perpetuo estado de alerta y una perpetua improvisación. Es la creación artística en perpetuo ajuste. Su método es empírico, pero está guiado en todas sus rápidas y flexibles adaptaciones, por su propia luz interna. Lo que en la naturaleza sub-humana obra como instinto, actúa en el hombre liberado como intuición. Es esta intuicion, operando como principio regulador (o como técnica si se quiere) la que le permite, conforme se presenta cada nueva circunstancia, brillar en inmediata facultad creadora con la certeza de crear verdaderamente. La intuición, desde este punto de vista, es sólo el pensamiento puro y el sentimiento puro actuando de manera inconsciente. Es la vida libertada brotando sin estorbo en arte espontáneo.

Y así, si este es el estado final y el significado de la «experiencia», nos corresponde (como diría Krishnamurti) desarrollar, aun ahora, algo de la *bravura* del artista en nuestro trato con ella. Aun ahora, hagamos frente a los acontecimientos con algo de la pericia de la creación. Recibamos bien las dificultades, con algo de ese anhelo confiado con que una técnica soberana las recibe siempre. No temamos la obstinación de los acontecimientos más de lo que el escultor teme la obstinación de su mármol, o el *virtuoso* el pasaje difícil de la música. Sobre todo, tratemos de hacer *algo,* aunque sea imperfecto, de cada contacto que nos llegue. Y si recordamos que el «algo» en cuestión debe siempre poderse reducir a términos de pensamiento y sentimiento puros—de la transmutación de cada contacto en un valor más alto a la luz de la razón y el amor—entonces estando constantemente alerta para todo lo que pueda llegar, y esforzándonos en apoderarnos de ello con afán creador, tan pronto como se presente, haremos quizá lo más útil de todo para progresar hacia la liberación. Porque si la liberación es, en uno de sus aspectos, sólo el dejar en libertad una técnica triunfante para la actuación creadora con la experiencia, entonces, empezar a actuar con las cosas de un modo creador, aunque sea de la manera más humilde, es tener un comienzo en la vida libertada.

IMPRENTA IZAGUIRRE, CHURRUCA, 17, MADRID



TAPAS PARA EL BOLETÍN

Amarillas, de cartón extra, con lomo de tela negra con el título estampado en letras de oro.

Encuadernación práctica y permanente. Los números se colocan según van recibiéndose, adhiriéndolos con pinzas especiales que se suministran con las tapas.

Precio: Ptas. 7,50, libre de porte.

Pedidos a F. Rovira, Apartado núm. 867, Madrid, España.